

ESTUDIO: LOS DIEZ MANDAMIENTOS

ESTUDIO 4

EL TERCER MANDAMIENTO (Éxodo 20:4-6; Deuteronomio 5:8-10)

por TIMOTEO GLASSCOCK

El primer mandamiento se centra en la adoración interna, la del corazón, de donde brota la adoración verdadera. Subraya que esta adoración se debe de manera exclusiva al único Dios vivo y verdadero: "Yo soy Yahvé, ése es mi nombre; mi gloria a otro no daré" (Is.42:8). El segundo mandamiento se ocupa de la manera en que exteriorizamos nuestra adoración a Dios. Recalca que la fabricación y el uso de ídolos o imágenes en la adoración son abominables al Señor. Ninguna imagen jamás puede representar adecuadamente la grandeza y la gloria de su Persona y carácter, y por lo tanto consiste en una deformación nefasta del Dios incomparable (Is.40:25).

El tercer mandamiento, el que nos ocupa en este estudio, trata de la adoración verbal, la que surge del corazón y se expresa por nuestros labios, y del peligro de "tomar el nombre del Señor tu Dios en vano" (Ex.20:7). La Biblia insiste en que huyamos de una adoración rutinaria e hipócrita, de palabras hermosas que no reflejan un espíritu genuino de adoración en el corazón, y que son lo opuesto a lo que enseñó el Señor Jesucristo: "Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad" (Juan 4:24). Las palabras del Señor nos recuerdan que Él no permite ningún divorcio entre la actitud de nuestros corazones y las expresiones de nuestros labios, sobre todo cuando hablamos de Dios. De esto trata también este mandamiento.

¿Qué es "tomar en vano el nombre de Dios"?

Para entender bien el texto del mandamiento, es necesario profundizar en el significado de algunas de las expresiones empleadas, empezando por "el nombre de Yahvé tu Dios". Para los hebreos, el nombre era mucho más que una mera etiqueta para identificar a una persona. Describía el carácter y la naturaleza del individuo, como en el caso de Jacob, "el suplantador" (Gn.25:26), o su papel en los propósitos divinos, como en el caso de Abraham, "Padre de multitudes" (Gn.17:5).

El nombre del Dios de Israel, "Yahvé" (Ex.20:2), por tanto, estaba cargado de significado. Aunque este nombre se utilizaba por los patriarcas para referirse al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Génesis 12:8; 13:4; 21:33; 26:24-25; 28:13-16), fue solo en el contexto de la revelación de Dios a Moisés en la zarza ardiente que el hondo significado del nombre de Yahvé empezó a apreciarse. Al preguntar Moisés cómo habría de responder frente a la pregunta de los israelitas acerca del nombre del Dios que le había enviado, "dijo Dios a Moisés: "YO SOY EL QUE SOY". Y añadió: 'Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros'" (Ex.3:13-14). La relación del nombre de Yahvé con el verbo "ser" en hebreo refuerza la conexión con el concepto de eternidad (Gn.21:33; Salmos 90:2; 93:2). "Este 'nombre' no es una descripción de Dios, sino simplemente una declaración de su existencia autónoma y de su eterna inmutabilidad; una manera de recordarnos que Él tiene vida en sí mismo, y que lo que es ahora, lo es eternamente"¹. Aparecen otros títulos descriptivos para referirse al Dios único y verdadero, como por ejemplo "Dios Altísimo" (Gn.14:18), "Dios todopoderoso" (Gn.17:1), o "Dios eterno" (Gn.21:33), pero la Escritura señala que, estrictamente hablando, Yahvé es el único nombre de Dios: "Éste es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de mí de generación en generación" (Ex.3:15).

El hecho de que el significado del Nombre se hace explícito en el contexto del Éxodo y del pacto de Dios con Israel en Sinaí (Éx.6:1-7; 20:2) deja claro que apunta hacia la fidelidad absoluta de Dios, demostrada continuamente en el cumplimiento de sus promesas. "Reconoce, pues, que Yahvé tu Dios es Dios, el Dios fiel, que guarda su pacto y su misericordia hasta mil generaciones con aquellos que le aman y guardan sus mandamientos" (Dt.7:9).

La asociación entre la persona y su nombre en las Escrituras es tan estrecha que éste se utiliza en ocasiones como sustituto de aquélla: "He aquí, el nombre de Yahvé viene de lejos; ardiente es su ira, y denso es su humo" (Is.30:27). De ahí que el uso indebido del nombre del Señor significa una ofensa grave a su Persona. "Así que, este tercer mandamiento no trata simplemente del mal uso de una palabra consistente en cuatro consonantes hebreas, sino en un abuso de todo lo que este nombre significa. El tomar su nombre en vano es pisotear descuidadamente el pacto de Dios, por el que ofrece la salvación, y despreciar su naturaleza santa"².

¿Qué significa esta prohibición de tomar en vano el nombre de Dios?

La expresión adverbial "en vano" tiene el sentido de "inútilmente, sin logro ni efecto" o "sin necesidad, razón o justicia". Tomar algo en vano, por lo tanto, es tratarlo de forma despectiva, privándolo de su verdadera importancia, como si fuera algo hueco, vacío, carente de sustancia o de utilidad. Aplicada la frase a Dios, significa tratar su nombre, es decir, su Persona, con superficialidad y ligereza, sin la debida reverencia y temor, vaciándolo de la majestad, la grandeza y la gloria infinitas que le pertenecen. Distintas traducciones de Éxodo 20:7 recogen esta idea: "No pronunciarás en vano el nombre del Señor tu Dios"; "No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera"; "No hagas un mal uso del nombre del Señor tu Dios".

Tomar en vano el nombre de Yahvé, por lo tanto, es un insulto imperdonable frente a Aquel que es el soberano Señor del universo, una ofensa que Él no está dispuesto a pasar por alto. Como bien dice Brian Edwards, "Este mandamiento sí importa, porque utilizar a la ligera el nombre del Señor significa rebajar su naturaleza o poner en ridículo a su Hijo Jesucristo. Abusar de su nombre, en realidad, es decir que nuestro Dios y Cristo no tienen ningún valor en particular"³. Esta posibilidad debe llevarnos a reflexionar sobre la advertencia solemne del autor de la carta a los Hebreos: "Ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia, porque nuestro Dios es fuego consumidor" (He.12:28-29).

¿Qué es lo que ocurre cuando se comete esta ofensa?

"El Señor no tendrá por inocente al que tome su nombre en vano". El castigo de muerte dictado por Dios para el hombre que blasfemó el Nombre, según el relato de Levítico 24:10-16, revela la suma seriedad de quebrantar este mandamiento. La asociación, en el contexto de este pasaje de Levítico, con otra sentencia de muerte para cualquier persona que asesine a otra (24:17), colocando los dos pecados en el mismo nivel de gravedad, recalca la perspectiva divina sobre el tema.

¿Cómo tomamos en vano el nombre de Dios?

¿De qué distintas maneras podemos caer en esta falta grave, consciente o inconscientemente? Lo más obvio es lo que acabamos de mencionar, el pecado de blasfemia (Lv.24:11). Se ha producido en nuestra sociedad en los últimos años, o incluso décadas, una degeneración muy evidente a la hora de emplear lenguaje sumamente soez en las conversaciones cotidianas, y en muchísimos casos se nombra a Dios de manera totalmente reprobable. Esta forma de utilizar el nombre de Dios sin la más mínima reverencia, es, sin lugar a duda, quebrantar el tercer mandamiento.

Esta tendencia a la blasfemia descarada nos molesta a los creyentes sobremanera. Sin embargo, puede ocurrir que los que nos horrorizamos al escuchar algunos de estos exabruptos tan feos soltamos con frecuencia expresiones espontáneas de sorpresa o de preocupación que utilizan el nombre de Dios o del Hijo de Dios con parecida irreverencia: "¡Dios mío!", "¡Señor!", "¡Jesús!" ¿Estas exclamaciones son verdaderamente oraciones? ¿O se escapan de nuestros labios sencillamente como sinónimos de otras como "¡Caramba!", "¡Mecachis!" o tantas otras formas disfrazadas de lenguaje soez que señalamos antes? Tomar en serio la prohibición de no utilizar en vano el nombre de Dios seguramente nos debe llevar a revisar algunos de nuestros hábitos de conversar que no son tan inocentes como podríamos pensar.

Una segunda área donde debemos revisar nuestro lenguaje es la de las promesas, y la tendencia de utilizar el nombre de Dios para intentar reforzar la seriedad y la formalidad de éstas. El Señor prohibía tajantemente a Israel semejante proceder: "No juraréis en falso por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios; yo soy Yahvé" (Lev.19:12). Pronunciar el nombre de Dios con el fin de lograr colar una mentira es aberrante, y provoca ineludiblemente su ira. En el Sermón del Monte, Jesús descalificó formas solapadas de hacer lo mismo: la calidad de nuestra conducta debe ser tal que con un sencillo "Si" o "No" basta (Mt.5:33-37), y el esfuerzo por dar más crédito a nuestras palabras apoyándolas en el nombre de Dios es una nueva forma de usar sin la debida reverencia este nombre.

¿Y qué podemos decir de nuestro lenguaje religioso, al cual nos referimos antes?

Isaías señaló la peligrosa dicotomía que fácilmente aparece entre las expresiones de nuestros labios y la actitud de nuestro corazón en una frase contundente repetida por el Señor Jesucristo: "Este pueblo se me acerca con sus palabras, y me honra con sus labios, pero aleja de mí su corazón, y su veneración hacia mí es sólo una tradición aprendida de memoria" (Is.29:13; Mr.7:6-7). Cualquier divorcio entre nuestras palabras y nuestras actitudes, y de forma especial en el contexto de la adoración, es algo aborrecible para Él. Es tan fácil cantar en una reunión emotiva de alabanza: "¡Cuánto te amo, Dios!" ¡Mucho más difícil resulta vivir este espíritu de adoración y entrega en medio de las tensiones y las presiones del día a día en un mundo caído! En el aposento alto, pocas

horas antes de la cruz, Jesucristo recordó insistentemente a sus discípulos: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama" (Jn.14:15, 21). No son tanto nuestras palabras de alabanza a Dios, sino el deseo de nuestros corazones de honrarle, reflejado en nuestra obediencia incondicional, lo que demuestra nuestro amor hacia el Señor.

Por lo tanto, palabras de alabanza y de adoración dirigidas a Dios que son superficiales, que no reflejan el verdadero contenido del corazón, y que se esfuman nada más pasar el momento emotivo del culto son otro ejemplo de tomar a la ligera, o utilizar indebidamente, el nombre del Señor. Reflexionemos sobre el sabio consejo de Eclesiastés: "No te des prisa en hablar, ni te apresures en tu corazón a proferir palabra delante de Dios. Porque Dios está en el cielo, y tú en la tierra; por tanto sean pocas tus palabras" (5:2). El propósito de esta advertencia no es cerrar nuestras bocas delante del Señor -¡Él es digno de suprema alabanza!- sino asegurar que las palabras de reverencia que utilizamos al dirigirnos a Él sean sinceras, y no hipócritas. La calidad de nuestra adoración, como la calidad de las ofrendas bajo el Antiguo Pacto, tiene mucha importancia para Dios, para que su nombre no sea deshonrado y profanado por actitudes despectivas (Malaquías 1:6-14).

¿Qué, pues?

El tercer mandamiento tiene una actitud innegable en el contexto de nuestra sociedad tan secularizada, en la que la Persona de Dios y su Nombre o son ninguneados e ignorados, o sirven como objeto de burla y desprecio. Los cristianos, sin embargo, somos los primeros que debemos examinar con lupa nuestra forma de hablar y de actuar, para erradicar toda palabra o toda conducta que manifieste una falta de la debida reverencia y temor ante el Señor, y que provoque que su nombre sea blasfemado entre los incrédulos por causa nuestra (Is.52:5; Ro.2:24). "Es un privilegio para nosotros utilizar el Nombre de Dios trino (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) tanto en la adoración como en nuestro testimonio. Pero hagámoslo cuidadosamente. Hay pocas cosas tan maravillosas como utilizar el nombre de Dios nuestro Salvador, y nada más peligroso que abusar de él"⁴.

TIMOTEO GLASSCOCK

NOTAS

1. J. I. Packer, "El Conocimiento del Dios Santo", Ed. Vida, p.101.
2. Brian Edwards, "Los Diez Mandamientos para Hoy", Ed. Peregrino, p.128.
3. Op. cit., p. 146.
4. Op. cit., p. 148.

(Publicado en la revista EDIFICACIÓN CRISTIANA, Noviembre - Diciembre 2011. Nº 251. Época X. Permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, siempre que se cite su procedencia y autor.)